

# Capítulo 1

Inglaterra, 1166

*E*lla tenía la dentadura completa.

Raymond suspiró aliviado. Estaba envuelta en demasiadas capas de ropa como para ver nada más, y se le resistía con todas las fuerzas de su menudo cuerpo, pero sus dientes brillaban débilmente tras unos labios amoratados por el frío y al entrechocar emitían un fuerte castañeteo. Eso significaba que era lo bastante joven para tener hijos, que su salud era razonablemente buena y que era capaz de calentarle la cama.

Intentó subirla a su caballo, pero ella se revolvió en sus brazos, cayó al camino del bosque y se alejó dificultosamente con una desesperación que él respetó. Que respetó, pero ignoró. Había demasiado en juego como para prestar atención a los temores de una mujer.

Ella caminaba torpemente sobre la nieve que cubría el suelo. Él la cogió envolviéndola con su capa y la sujetó con tanta fuerza que en vano agitó ella manos y pies. Le costó mucho subirla boca abajo junto a la silla del caballo y montó antes de que ella recuperase el aliento.

—Tranquila, lady Juliana, tranquila —la calmó él, dándole unas palmaditas en la espalda al tiempo que espoleaba al caballo.

Pese a su consuelo ella forcejeó con patadas y tratando de soltar-

se. Raymond no entendía su continua resistencia, porque lo tenía todo en contra; ni entendía el impulso que lo llevaba a él a intentar consolarla como si fuese un pájaro salvaje que pudiera atraer hacia su mano.

Tal vez despertó su compasión el hecho de que no gritara. Ella no había emitido sonido alguno desde que él apareció entre los árboles, únicamente le había hecho frente en silencio y con determinación.

Aunque quizá no pudiese decir nada. Abrigada como estaba, con la cabeza colgando junto al costado del caballo, él no podía ver su cara y empezó a preguntarse si respiraba con normalidad. Se inclinó para buscar a tientas su rostro y había sentido esa fuerte dentadura clavada en las yemas de sus dedos. Retiró la mano soltando un gruñido y un juramento, asustado por su agresividad, aunque a decir verdad nada sorprendido.

¿Acaso no la había comparado con una criatura salvaje? Era su propio descuido el responsable de su dolor. Se chupó la gota de sangre de la piel y luego metió la mano en la axila para calentarla.

Ella jadeaba agitadamente y se le heló el aliento, el sonido desgarró el aire quedo. Las ramas desnudas de puntas heladas arañaban del cielo la nieve, que espolvoreaba implacable los huecos entre las hojas secas cubriéndolos de una fina capa blanca. ¡Caramba, qué frío hacía! Cada vez sentía más frío.

—Pronto llegaremos —dijo él en voz alta y como su comentario provocó un nuevo forcejeo, sujetó a la mujer con firmeza.

Coronó la colina y una ráfaga de aire gélido le cortó la respiración. Aquí la amenazante ventisca ya no era una posibilidad; era una realidad, y el mundo se redujo a un estrecho paso blanco que se abría conforme avanzaban y se cerraba a sus espaldas. La cabaña de leñador no estaba lejos, pero a él le preocupaba la dama, ahora rígida sobre el caballo. Inclinó el cuerpo hacia delante para darle todo su calor corporal y concentró la mirada al frente.

Escondida en la colina, la cabaña había resultado ser un regalo caído del cielo que los abasteció de una reserva de leña para calen-

tarse y una despensa con comida seca. Comida para los viajeros, supuso él, facilitada por lady Juliana de Lofts y que él utilizó para secuestrarla.

—Estamos a un paso, mi señora. —El aliento, helado, chocó contra la bufanda que le rodeaba la boca, pero le pareció razonable avisarla dado lo reacia que parecía al contacto físico. Él se deslizó de la montura y bajó a lady Juliana. Esta intentó mantenerse erguida, pero fuese por el frío o el miedo, él no lo sabía, le fallaron las piernas. Como un oso cargando un venado por los cuartos traseros, la arrastró y abrió la puerta.

—Ya hemos llegado —anunció sin necesidad—. Ataré al caballo cerca de la puerta. El fuego está justo ahí al fondo. Si queréis, sentaos en la paja hasta que yo os lleve...

Raymond atrancó la puerta y los enormes ojos de lady Juliana brillaron pese a la tenue luz; entonces salió disparada hacia el cuartito posterior de la cabaña. A través de los listones del corral él la vio caminar desesperada de un lado al otro de la diminuta habitación.

El fuego ardía en un hoyo en el centro de la cabaña de leñador. El humo salía por un pequeño agujero del techo de paja, derritiendo los copos de nieve que se colaban en el interior. Atraída por las llamas, ella extendió los brazos y miró a su alrededor, aturdida. Todas las grietas de las paredes habían sido tapadas con telas y la ventana estaba cubierta con una manta. En un rincón había un camastro repleto de pieles y en otro estaban los bártulos de él. Pero la única puerta que había la tenía él a sus espaldas, y lady Juliana no podía llegar hasta ella.

Con el fin de darle tiempo a Juliana para adaptarse al entorno, él se tomó el suyo dando de comer y cepillando al fuerte caballo capón que tan buen servicio le había dado, pero finalmente no pudo seguir posponiéndolo más.

—Esperaremos aquí calentitos a que amaine el temporal, mi señora.

Ella parpadeó para librarse de los copos de nieve que se le derretían en las pestañas y lo miró fijamente, y él se preguntó qué estaría viendo ella como para que se le curvara el labio en una mueca de asco tan expresiva. No era más que un hombre, si bien alto.

—Es preciso que os quitéis la ropa húmeda —le dijo.

Supuso que ella intentaría volver a salir corriendo, pero parecía hipnotizada, lo miraba con la atención que uno podría dedicarle a un oso hambriento. Dio un respingo cuando él le quitó la capa que le había dejado y luego la suya propia, repleta de nieve. Mientras le sacaba los guantes él mantuvo la mirada fija en su rostro, preguntándose qué se ocultaba tras esa capucha que la cubría y esa lánguida bufanda.

Con esta mujer pasaría el resto de su vida, y estaba impaciente. Desde que el rey Enrique se la entregara, Raymond se había preguntado qué aspecto tendría. Ahora la vería, pero ¿qué importaba esperar un poco más? Los temblores de lady Juliana apaciguaron su fugaz cobardía. Mientras le desabrochaba la capucha y le desliaba la bufanda, se dio cuenta de que no era solo joven y sana.

No era en absoluto una viuda mustia. No estaba lisiada ni era una pusilánime. Lady Juliana tenía la piel suave, era alta y atractiva. No era hermosa, aunque con lo bajas que habían sido sus expectativas, bien podría habérselo parecido. Escapaban de su cofia mechones de un intenso cobrizo que le caían en ondas por la frente. Tenía los labios demasiado gruesos para lo afilado que era su rostro, esculpido como estaba por unos pómulos altos y una mandíbula cuadrada, y unos ojos azules vivos y rasgados, pero que no parpadeaban. No quería que él la desvistiera ni le frotara las manos para que recuperaran la circulación. Lo que transmitía era un mensaje explícito: que la cabaña era una prisión y él el más vil carcelero.

Sin quererlo, se compadeció de ella. Raymond de Avraché conocía perfectamente la sensación de estar encarcelado.

—Tenéis la cara muy pálida —dijo. También se la afeaba una

cicatriz curva y morada, pero eso no lo mencionó—. Estáis muerta de frío.

Ella se limitó a mirarlo fijamente, con la cautela de un glotón asustado.

—Vuestras pecas flotan como trocitos de canela en el vino más claro. —Alzó una mano para tocar esas fascinantes motas, pero ella apartó bruscamente la cabeza. Empujado por su silencio y su aversión, le preguntó—: ¿No queréis que os toque? —Volvió a alargar la mano—. Pues decídmelo.

Ella se tambaleó hacia atrás.

—¡No!

—¡Vaya! —Él se relajó—. Sabéis hablar. Me preguntaba si esperaríamos a que pasara la ventisca en silencio. ¿Queréis que atice la lumbre? —Llevó leña hasta el fuego, la amontonó y se arrodilló junto a esta—. La tormenta será severa, por si no lo sabíais. No, por supuesto que no lo sabéis; de lo contrario, no habríais salido con este tiempo. —Le lanzó una mirada y se alegró al ver que ella se acercaba lentamente. Cuando sus miradas se encontraron, ella dio un respingo sintiéndose casi culpable y él se volvió para avivar las llamas—. Seguro que una dama tan distinguida como vos podría mandar a alguien a la aldea para que se ocupara de vuestras gestiones. Sois lady Juliana de Lofts, ¿verdad? —Ella no respondió y él se giró y la miró—. ¿Verdad?

Ella seguía un tanto apartada del fuego, más cerca del montón de leña pero no lo bastante lejos como para que él no pudiera tocarla. Raymond alargó el brazo hacia ella.

—Sí —contestó Juliana.

Él entornó los ojos por el humo; escudriñó la tensa figura de lady Juliana y se preguntó qué estaría tramando. Sus manos se abrían y cerraban sin contener nada en ellas. Estaba preparada para la acción. La valiente chica parecía un escudero antes de su primera batalla, toda nervios y expectación. Lentamente, Raymond se volvió de nuevo hacia las llamas.

—Tampoco está tan mal —comentó, atento a cada uno de sus movimientos—. Al menos sabéis decir sí o no.

Raymond vio de refilón que un trozo de madera se movía y era levantado en el aire.

—Si un hombre tiene que quedarse atrapado con una mujer, ¿qué mejor que sea silenciosa? —Esperó con el vello de la nuca erizado. Oyó que ella tomaba aire casi imperceptiblemente. Se giró, vio que el leño descendía sobre su cabeza y saltó sobre Juliana. El leño le golpeó el hombro con tanta fuerza que Raymond dejó de sentir el brazo, luego ella soltó la madera. Se tambalearon y cayeron sobre el duro suelo. Ella se quedó sin aliento, pero él por poco perdió el sentido.

—En nombre de San Sebastián, ¿qué creéis que estáis haciendo? —Raymond no pudo evitar gritarle, aunque entendía su desesperación.

Su grito retumbó en los oídos de Juliana, que cerró los ojos y se agazapó para protegerse de la bofetada que vendría a continuación. Pero no pasó nada. Él yacía sobre ella, un peso inmóvil.

—¿Os habéis hecho daño? —le preguntó Raymond tras un suspiro.

Ella sacudió la cabeza y entreabrió los ojos. La bufanda que Raymond llevaba le dejaba únicamente los ojos y la boca al descubierto. Miraba a Juliana con atención, intentando ver más de lo que ella deseaba desvelar. Un gorro de lana cubría la cabeza de Raymond, el pelo moreno desgredado sobresalía por debajo de aquel, pero ella sabía que no reconocía esos hombros. Era un desconocido, un hombre, una de esas criaturas a las que ella más temía. Le recorrió un escalofrío. La mirada de ese hombre se tornó más compasiva y eso, de algún modo, le devolvió cierto coraje a su acobardado espíritu. Ella no quería su compasión, que rechazó incluso al sacudirle otro escalofrío.

—Salid de encima mío.

A él se le frunció el rabillo de los ojos y ella supo que le estaba sonriendo.

—No sólo sabéis hablar, también dais órdenes.

—¿Y vos, sabéis obedecer? —le espetó ella.

Él se puso serio y cargó sus palabras con más elocuencia de la necesaria.

—¡Claro que sí! Soy un mono bien adiestrado, ¿no lo sabíais?

La mordacidad de Raymond confundió a Juliana. Él se puso de pie y sacudió el brazo, lo levantó y lo torció.

—Buen golpe, mi señora —dijo una vez satisfecho con el funcionamiento de este.

Ella levantó la vista y clavó los ojos en él, intentando apreciar sus rasgos y su estado de ánimo. Descendió la mirada hasta sus gastadas botas de cuero, la subió hacia la magnífica tela de su capa, ya vieja, y se quedó maravillada. Con la espalda contra la pared, se fue encogiendo hasta pegar los pies al cuerpo.

—¿Qué es un mono?

De nuevo esa expresión risueña en Raymond. Alargó la mano con determinación.

—Acercaos al fuego donde pueda veros y os lo explicaré —le dijo.

—No.

Sus labios apenas habían articulado la palabra cuando él se plantó a su lado de una zancada. Ella volvió a darse cuenta de lo alto que era, pero no podía moverse hacia ningún sitio. Empezaba a recuperar la sensibilidad en los pies y con esta el hormigueo propio de la descongelación. Sus dientes producían un repiqueteo que la ponía en evidencia, pero no era capaz de detenerlo.

—Os estáis haciendo daño a vos misma, es absurdo. Venid junto al fuego.

Los dientes le castañetearon aun más, pero Juliana se acercó bordeando la mano extendida, temerosa de que él la tocara si no le obedecía. Que era lo que él quería. A ella le molestaba que a Raymond se le diera tan bien manipularla, como un insidioso titiritero con su muñeca; pero le molestaba más que lo hiciera para protegerla, sin dejarle margen para las objeciones racionales.

—Soy la prometida de un hombre que os ajustará las cuentas por esto. —Farfulló las palabras sin pensarlas, pero se alegró al ver que él parecía sorprendido.

—¿Quién es vuestro prometido?

—Geoffroi Jean Louis Raymond, Conde de Avraché.

—¡Ah...! —Él se relajó y se arrodilló para desatar la lana helada que envolvía los tobillos de Juliana—. ¿Lleváis mucho tiempo comprometida?

—Sí, más de un año.

—Veo que vuestro pretendiente tiene sus reservas.

—¡No! Es que nos comprometimos por poderes en el mismísimo palacio del rey.

—¿Y todavía no os habéis casado?

Ella se removió incómoda.

—He estado enferma.

Él la escudriñó con la mirada.

—A mí no me parecéis enferma.

—Lo estuve y luego mis hijas también. —Él seguía pareciendo cortésmente escéptico—. Entonces llegó el invierno y no es recomendable cruzar el canal de la Mancha con semejantes vendavales. Luego vino el verano y no podía viajar antes de que la cosecha...

Comprendió lo inverosímiles que sonaban sus palabras cuando él se rió entre dientes.

—¡Vaya! Sois una novia reticente. Me figuro que en palacio habrán sentido de maravilla vuestros titubeos.

—¡No! —protestó ella espantada.

—Y que Enrique se habrá reído a carcajadas por vuestro insulto a lord Avraché.

—Eso sería absolutamente lamentable, porque no he pretendido ofender a nadie... —dijo ella con la esperanza de convencerlo a él y también a sí misma—. Él es un guerrero valeroso, un cruzado.

—Los cruzados no son necesariamente unos guerreros temibles,

mi señora. Algunos son unos miedicas. —Se concentró en sus zapatos, levantándole los pies para sacárselos uno a uno.

Ella perdió el equilibrio y por poco se cayó con tal de no agarrarse a él. En el último momento su dignidad fue superior a su sensatez, y se asió de su hombro. Se interponían demasiadas capas de ropa entre sus dedos y la piel de él. Ni tan siquiera el calor del cuerpo de Raymond podía traspasar la humedad y el frío que aún lo envolvían. Pero esa fue la primera vez en más de tres años que Juliana tocaba voluntariamente a un hombre.

Era imposible que él lo supiera, pero la había forzado a ello al hacerle perder el equilibrio. Si levantase la vista... pero en ningún momento apartó la mirada de los dedos de los pies que estaba descalzando. Raymond tenía la humildad de un siervo, pensó ella con amargura. Como si ese hombre pudiera ser humilde. Cada gesto y cada táctica estaban estudiados, y eran ejecutados con premeditación y pleno conocimiento. Sí, él sabía cuánto temía ella que la tocara y le había forzado a tocarlo a él primero.

Tal vez Raymond quisiese demostrarle que era de carne y hueso, pero ella sabía lo peligrosos que eran los hombres de carne y hueso. ¡Vaya si lo sabía!

—Mi prometido no es ningún miedica —protestó acariciándose la cicatriz curva de la mejilla—. Los sarracenos lo capturaron y él se escapó. Les robó un barco mercante y navegó hasta Normandía.

Las manos de él eran cálidas; los pies de ella estaban fríos. Él tenía unas manos fuertes, pero le masajeaba cada músculo con la habilidad de un curandero y recuperó rápidamente la circulación.

—No deberíais creer todo lo que oís, mi señora.

—Pero ¡es verdad! —El rechazo automático de Raymond debería haberla alarmado, pero su tono burlón eliminó la amenaza de sus palabras y, en vez de asustarse, Juliana se ofendió.

—¿En serio?

—Sí, en serio. —Ella se acercó un poco más a él, decidida a con-

vencerlo—. El rey Enrique me envió una carta informándome de mi compromiso en la que me describía a mi prometido y su pasado.

—¿Y cómo describió a vuestro prometido? —se limitó a preguntar él, impasible.

Ella repitió con desdén las frases cargadas de lirismo de la carta.

—«Guapo como la noche, fuerte como el viento del norte.»

—No os lo creéis, ¿verdad?

De la punta de la nariz de lady Juliana caía nieve derretida, que ella se enjugó con la manga.

—No soy idiota. Aunque estuviese cojo y medio loco, Enrique lo envolvería en un halo poético. El rey desea anticiparse a mis objeciones hasta que se celebre el matrimonio.

—Entonces lo más probable es que el heroísmo de vuestro prometido sea también una exageración.

Ella se mordió el labio, sintió cómo se le agrietaba bajo los dientes y notó en la lengua el sabor salado de la sangre. La lógica la había delatado, pero insistió en la conjetura a la que se aferraba y que a la vez rechazaba por miedo.

—No lo creo. Cuando pueden, los galeses vienen a saquear las tierras que yo considero pertenecen al rey. El rey no confiaría la protección de esas tierras a un mequetrefe. Lord Avraché es un hombre temible.

Él le apretó con fuerza los dedos de los pies.

—No lo temáis. No es más que un hombre.

Fue entonces cuando Juliana cayó en la cuenta. El hombre arrodillado a sus pies hablaba francés, igual que ella e igual que todos los nobles de Inglaterra, pero su acento era distinto a cuantos había oído. Era un cortesano, pero ¿qué lo había traído hasta aquí?

—¿Lo conocéis?

Él se llevó una mano enguantada al pecho.

—¿Yo? El conde se mueve en los más distinguidos círculos, pero su linaje, su carácter y su reputación han sido difundidos por diversas fuentes dudosas.

—Claro —repuso ella pensativa—, me imagino que no todos los que están en palacio han hablado con el rey.

—No, por supuesto que no. Yo no estoy en posición de juzgar la verdadera naturaleza de Avraché. —Se rió entre dientes y sacudió la cabeza—. Naturalmente que no.

—Pero ¿sabéis si...?

—¿Qué? —la instó él.

—¿Si está emparentado con el rey?

—Eso dicen. —Sus anchos hombros se encogieron—. Pero ¿quién no lo está? Enrique está emparentado con casi toda la nobleza europea y si no lo está él, lo está Leonor. La reina, quiero decir. La reina Leonor.

—Deberíais ser más respetuoso con ella —le reprochó Juliana—. De modo que Avraché es primo del rey. ¿Es muy rico?

—¿El rey?

Los ojos de ese hombre impertinente brillaron con candidez por encima de su bufanda, pero ella no se confió.

—Avraché. ¿Se abalanzará sobre mis tierras como si se tratara de un buen queso?

Él descendió la mirada hacia sus pies desnudos.

—Tengo otras calzas que podéis ponerlos para no pasar frío. —Raymond alargó la mano hacia su morral y hurgó en el interior. Ella creía que no le contestaría a la pregunta, pero por fin confesó—: Avraché es el único descendiente de una acaudalada familia.

La rabia se apoderó de ella.

—Entonces los Lofts y los Bartonhale no significarán nada para él.

—En absoluto, mi señora. —Mantuvo la cabeza gacha y deslizó por sus pies las calzas secas pero andrajosas—. Sus padres no son nada generosos. Lo han mantenido a dos velas para controlarlo.

—Pero es el conde de Avraché.

—Al nacer le concedieron uno de los muchos títulos que ostenta su padre, pero a pesar de que se lo prometieron nunca le han dado las rentas que producen las tierras.

—¿Cuántos años tiene?

—Treinta y cinco.

A ella se le escapó un gruñido.

—Es mayorcito.

Él se rió, como si se hubiera sorprendido.

—Tengo entendido que se... conserva bien. Por lo menos no tendréis que preocuparos por vuestras tierras. Cuidará de ellas como si fueran suyas.

El sentido de la posesión de Juliana, hizo que estallara de rabia.

—Las tierras no son suyas, sino mías. Soy la única heredera de mi padre, que en paz descansa. Él me adoraba y de pequeña me insistía en que recorriera cada acre de Lofts y conociera a todo el mundo, porque de lo contrario, decía, me estafarían y perdería lo que me pertenecía por derecho. Ahora he heredado la finca de mi marido, que en paz descansa también, y lamentablemente me he dado cuenta de cuánta razón tenía mi padre. Hay hombres que serían capaces de robarme a escondidas o con artimañas.

—¿Sois la única heredera de las tierras de vuestro padre y vuestro marido?

Sus palabras sorprendieron a Juliana con la fuerza de la crecida primaveral de los ríos. ¿Cómo la había engatusado para que reconociera semejante fortuna? Seguramente él conocía la extensión de sus terrenos (los desaprensivos como él siempre sabían esas cosas), pero ella lo había confirmado en una revelación tan espontánea como inesperada. ¿Quién era este sinvergüenza? Juliana alargó la mano hacia su rostro; él reuló como si fuese a recibir una bofetada.

—La bufanda —le dijo ella malhumorada. Esta vez él permaneció inmóvil mientras Juliana le retiraba la prenda, que dejó caer como si le quemase en la mano.

Sus ojos verdes y esas pestañas negras increíblemente largas deberían haberla puesto sobre aviso. Era un hombre guapo. Más que guapo: seductor, enigmático, de conducta serena y sosegada, que anunciaba unas aguas profundas y ofrecía una recompensa por ex-

plorarlas. Su pelo de ébano le rozaba los hombros y era una tentación para el tacto femenino. Sin barba ni bigote, tenía un hoyuelo en su mentón ancho e imponente. La suave curva de sus mejillas llamó su atención y abrumó su alma. Le retiró el gorro y el pelo le cayó libremente. Negro como el ala de un cuervo, con una onda rebelde, resultó ser más largo de lo que a ella le hubiera gustado, pero no apartó los ojos del abundante y reluciente pelo ni del tosco pendiente de oro que brillaba en una oreja.

Ella cayó en la cuenta de que él permanecía postrado a sus pies esperando pacientemente a que le diese el visto bueno para levantarse. Saltaba a la vista que estaba acostumbrado a que las mujeres (multitud de ellas) lo mirasen. Saber que era una del montón la indignó aún más, como le indignó que el físico de Raymond la alterase tanto.

—Tenéis unas orejas enormes —dijo ella con desdén, con la grosería de su hija de diez años.

Sorprendido, él parpadeó. Una sonrisa ocupó su rostro lentamente, curvando su boca sensual como si no pudiese evitarlo. ¡Dios! Esa sonrisa aumentaba su belleza. Las comisuras de sus ojos se elevaron y fruncieron; no era tan joven como Juliana se había imaginado al principio. Unos hoyuelos le arrugaban las mejillas. Sus labios cortados pedían hidratación a gritos. Se sorprendió a sí misma cerrando con fuerza el puño sobre su cintura para apaciguar el nudo que tenía en el estómago. Jamás se había imaginado que algún día, en algún lugar, un hombre produciría esa reacción en ella.

¿Cómo podía ser? Si todos los hombres del planeta desfilaran hacia un precipicio y se tirasen por él como los lemmings se arrojan al mar, ella les iría dejando migas para atraerlos. Su padre la había acusado de ser demasiado sensible, demasiado susceptible ante los hombres que la trataban como una mercancía para vender, trocar o consumir a conveniencia o antojo de su señor. Así pues, ¿cómo era posible que encontrase atractivo a este hombre, a este villano que con tanta crueldad la había secuestrado?

Raymond se puso de pie y a ella le salieron las palabras atropelladamente.

—Mi prometido está aquí ahora mismo.

—¿Aquí? ¿Dónde? —preguntó él sin quitarle el ojo de encima.

—En mis tierras. —La cara de Raymond adoptó una sucesión de expresiones, ninguna de las cuales hubiera ella podido definir. Ruborizada por su propia mentira, se enjugó la cara y se sacó la cofia, que cayó al suelo duro y sucio. Pero como no le gustó la forma en que él la miraba, se apresuró a recuperarla.

Él se lo impidió con la mano y ella le dio una patada instintivamente.

—Mi señora, creía que eso ya lo habíamos superado.

Sobreponiéndose a su propio pánico, ella se contentó con fulminarlo con la mirada. Él le agarró la trenza con una mano, calculó cuánto pesaba y frunció los labios.

—Esperemos que vuestro prometido esté tan bien guarecido de la tormenta como nosotros.

¿Se había fijado ese hombre en lo corto que llevaba ella el pelo? ¿Se había dado cuenta de que sin la trenza tan sólo le llegaría a los hombros? ¿Y a qué lo atribuiría? ¿Qué conclusiones extraería? Él recorrió con la mirada su cuerpo, embutido como una salchicha en su vestido de invierno.

—¿Cuántas capas de ropa lleváis puestas?

—Eso es asunto mío, no es de vuestra incumbencia —le espetó ella abochornada porque él la había sorprendido mirándolo.

Al intentar golpearle con el leño el grito proferido por Raymond la había hecho encoger. Ahora deseaba que volviese a chillar, porque su rostro perdió toda expresividad, como el del hombre cuya fortuna es pronosticada interpretando unos huesecillos arrojados dentro de una zona previamente marcada. Sus ojos se petrificaron como carámbanos verdes, el volumen de su voz serena se redujo tanto que ella tuvo que aguzar el oído.

—Si la señora de Lofts muriera por congelación estando a mi

cuidado, eso no tardaría en acabar siendo asunto mío. Que sus hombres me ahorcaran sería asunto mío. Que ataran mis extremidades a cuatro caballos distintos a los que fustigaran para que al avanzar yo me desmembrara...

Ella se cubrió el rostro, demasiado cansada y helada para hacer frente a las imágenes que él evocaba, y la indignación de Raymond desapareció.

—Veo que estamos de acuerdo. Es asunto mío lo que llevéis puesto, porque debéis permanecer con vida para que yo conserve esa bendita condición. ¿Queréis que os ayude a quitaros al menos la primera capa de ropa? —Él alzó las manos con las palmas hacia fuera—. Mis intenciones son de lo más puras.

Juliana tenía sus dudas, pero fueran sus intenciones puras o no, había que hacerlo. La humedad de la nieve ya le había traspasado el primer brial empapando el resto de prendas que llevaba. Cautelosamente, retrocedió y tiró de las cintas que anudaban el largo vestido de tela basta que se ponía en invierno para trajinar al aire libre.

—¿Vos no tenéis frío? —le espetó molesta porque él la estaba escudriñando.

—Naturalmente que sí. —Se sacó su capa y la tiró encima del resto de capas—. Pero cuando un hombre ha estado en el infierno revive con las olas de frío invernal.

Ella se quedó mirando fijamente sus dedos, enredados en las cintas.

—¿Habéis estado ahí?

—¿En el infierno? Desde luego. Y he vuelto.

Una cosa era sospechar que estaba en manos del diablo y otra muy distinta tener la confirmación. Los dientes de Juliana empezaron de nuevo a castañetear sin control y él la observó con los ojos entornados.

—¿Cuántos años tenéis, mi señora?

—Veintiocho.

Él chascó la lengua.

—Pues sois muy impresionable. Ya no sois ninguna niña.

—Lo sé. Disculpadme, pero es que tengo frío y estoy cansada.

—Y supongo que hambrienta. No tengo nada más que unas tortas de avena, pero...

—No tengo hambre. —Por instinto, lady Juliana ignoró los ruidos de su barriga, los cuáles, pese a sus temores, pedían comida a gritos. Entendía perfectamente lo que significaba compartir el pan con el enemigo.

—¿No tenéis hambre?

A ella le pareció que el asombro de Raymond era forzado y cometió la insensatez de preguntarse si este hombre le leía el pensamiento. No quería que el diablo le diera pasteles, por muy tentadores que estos fueran. Sabía sin ningún género de dudas que si se comía las tortas, jamás regresaría al mundo que conocía. Sus dedos seguían desatando las cintas y su cerebro seguía confuso.

—Eso he dicho —insistió.

—Sentaos a la mesa. —Él le tocó el brazo con suavidad. La condujo hasta el banco y la obligó a sentarse—. He dejado el vino calentando. —Le rozó la nariz con un dedo—. No iréis a decirme que también rechazaréis una copa.

Su negativa se le deshizo en los labios. Estaba obedeciendo todas las órdenes de Raymond. No porque dudara de sí misma, sino porque él desplegaba una seguridad natural que marchitaba cualquier oposición antes de que pudiese florecer. Muy bien, aceptaría el vino y se limitaría a sostener la copa, sin bebérsela, únicamente para complacerlo.

—¿Quién sois vos? ¿Por qué me habéis secuestrado? —preguntó malhumorada siquiera por esa concesión.

Raymond regresó junto al fuego y levantó la tapa de una olla. El aroma del vino tinto se elevó en el aire.

—¿Erais consciente de que no teníais ninguna posibilidad de llegar hasta vuestra casa? —dijo él mientras llenaba una copa con un cucharón.

Raymond parecía inexplicablemente preocupado, obstinadamente honesto, y ella escudriñó su rostro en busca de la verdad, consciente de que si la encontraba no la reconocería. Lady Juliana suspiró, soltó las cintas de su vestido y rodeó con las manos una copa de ponche. El calor penetró en sus dedos, agarrotados por el frío, y empezó una dolorosa recuperación.

—Bebed. —Él le empujó la copa hacia a la cara.

Ella cerró los ojos para saborear mejor el aroma y la tentación resultó ser mayor de lo que se había imaginado. Con el vapor del ponche ascendió un olor a hierbas autóctonas y a un sabor inigualable. Al abrirlos vio que él estaba delante de ella, su cara frente a la suya, su mirada persuasiva.

—Bebed —volvió a decirle y ella tragó embelesada el humeante brebaje.

Por bueno que estuviera el vino, por mucho que le hiciera entrar en calor, tenía que saber cuál sería su suerte.

—¿Por qué...?

—Bebéoslo todo.

Al ver la expresión de Raymond, ella apuró la copa y la dejó con brusquedad encima de la tabla de la mesa. Su forma de hablar le exasperaba. Hablaba despacio, como si eligiera cada palabra antes de pronunciarla; con aspereza, como si las palabras ascendieran susurrantes de sus profundidades, del lugar donde residían sus pensamientos, y ese lugar fuera más profundo que un remolino a merced del viento.

Aquel lugar la atraía y trataba de aplacarla, usando su cansancio contra ella misma. Ese lugar recóndito que había en él intentaba comunicarse con ella mediante la autoridad de su imponente cuerpo. «Confiad en mí —le susurraba—, yo os protegeré.» Mediante sus ojos, verdes como el mar durante una tormenta de rayos. «Confiad en mí —le susurraba— no os haré ningún daño.» *Él* era más cautivador que el vino o la comida. A Juliana le escocieron las lágrimas en los ojos y soltó un trémulo suspiro que hizo que se sintiera vio-

lenta. Habían pasado tres años y este desconocido se pensaba que ella confiaría en él.

—¿Vuestros hombres de armas son tan insubordinados como para no escoltaros? —inquirió Raymond antes de que ella pudiese intentar reformular su pregunta.

—¿Qué? ¿Adónde? —Juliana aflojó las cintas y sacó con dificultad los hombros de su sencillo brial marrón, dejando al descubierto otro vestido debajo.

Él agarró las mangas de áspera lana y tiró de estas para que ella pudiera sacar los brazos.

—Hasta la aldea. Veníais de ahí, ¿verdad?

—He ido a ver a mi antigua niñera. No parece que vaya a sobrevivir a este invierno y quería verme. —Indignada por tener que justificarse, Juliana se levantó, se bajó el brial hasta la cintura y le sorprendió notar las manos de Raymond sobre las suyas. Ella las retiró y levantó la mirada furibunda. No pudo ver en su rostro nada más que impaciencia y una ira considerable.

—¿Dónde estaban vuestros hombres de armas?

—El propio sir Joseph me acompañó. Es mi escudero principal; era amigo de mi padre.

—¿Dónde está en *estos momentos*? —Raymond articuló las palabras con precisión, quería una explicación más deprisa de lo que ella deseaba dársela.

Este hombre tan perspicaz pensaría, igual que pensaba sir Joseph y anteriormente su padre, que ella era boba por sentir tanto miedo. Pero tenía terror a los hombres; eran emociones que no podía controlar.

—Se ha negado a volver conmigo —dijo en tono desafiante—. Me dijo que la tormenta era demasiado intensa, que nos congelaríamos y no podríamos regresar al castillo.

Raymond parecía pensativo.

—¿Y habéis dudado de sus palabras?

—No.

—¿Tenéis motivos para regresar? ¿Un hijo enfermo, tal vez, o una madre moribunda?

—Mis hijas están bien. Mi madre está muerta.

Él le bajó el vestido; sus manos eran demasiado firmes sobre sus caderas como para que ella se sintiese cómoda, pero Raymond no lo prolongó ni ella osó quejarse.

—Y pese a su advertencia, ¿estabais decidida a ir a casa?

—Sí. —Juliana esperaba un estallido, la reprimenda despectiva de un hombre sensato como él, pero en vez de eso oyó su incredulidad.

—¿Y este sir Joseph se negó a acompañaros? ¿Os ha dejado marchar sabiendo que quizá moriríais de regreso a casa? ¿Sabiendo que podíais desviaros del sendero por la fuerza del viento y la nieve? ¿Sabiendo que podía perder a su señora?

—Bueno, entendedlo, es un hombre anciano. —Ella desató las cintas de su siguiente brial.

—Es un hombre que ha dejado de seros útil.

Raymond expresó el juicio como si tuviese derecho a ello. Mientras le rellenaba la copa a lady Juliana reparó en su inquietud.

—Descuidad que yo me ocuparé de ello —le dijo con seriedad.

—¿De qué os ocuparéis? —Él se limitó a entregarle la copa y ella, angustiada, por poco la volcó—. Por favor, no le digáis nada sobre esto a sir Joseph. Diría que he hablado mal de él y... —Ante la mirada de Raymond, ella dejó de hablar.

—Os ruego que continuéis.

—Sir Joseph puede ser muy desagradable —farfulló ella. Deseó, no por primera vez, que sir Joseph se pudriese en el infierno. Pero ese era un pensamiento perverso e ingrato. Se tocó una vez más la cicatriz de la mejilla y luego deslizó la mano por el pelo hasta detrás de la oreja. Allí otra cicatriz, larga y dentada, le fruncía la piel.

—Acabaos el vino y meteos en la cama.

—Será una broma. —Él levantó las mantas y las sostuvo a modo de silenciosa orden—. No pienso acostarme.

Raymond no le había dicho en ningún momento quién era ni por qué la había traído aquí. Su preocupación por el bienestar de Juliana ocultaba un objetivo mayor y olvidarlo sería una estupidez. Él parecía impaciente, pero por las venas de Juliana corría el coraje que proporcionaba el vino.

—No pienso tumbarme ni con vos ni en vuestra presencia. Sequestrar a una heredera es la clásica fórmula para conseguir una novia y hacerse con su fortuna, pero ya ha habido otros que han intentado obligarme a casarme con ellos y los he rechazado; al igual que os rechazo a vos, gusano apestoso.

De pronto él se cernió sobre ella, un hombre alto, corpulento y furioso, y ella alzó los brazos para cubrirse la cabeza. Pero no recibió golpe alguno.

—Sentaos —le dijo él en un tono que contradecía la ira de sus ojos.

Bajando los brazos lentamente porque sospechaba que era una trampa, ella lo observó con detenimiento. Raymond le seguía pareciendo alto y corpulento, pero la repugnancia había reemplazado a la ira. La cobardía que sentía le asqueaba y ella se desinfló. Entonces obedeció y se sentó en el jergón con olor a humedad.

Reinó un silencio absoluto mientras él le remetía las mantas de piel alrededor de los tobillos, le tapaba bien la cintura y colocaba una tela sobre el tronco pulido que hacía las veces de almohada.

Incluso a pesar de su profundo terror, lady Juliana ignoraba qué la impulsaba a seguir retándolo. Tal vez fuese el miedo que le tenía, tal vez fuese el miedo que tenía de sí misma, de las molestias que él fingía tomarse por ella, de esa extraña atracción que sentía hacia él. Tal vez la había llevado al límite de su resistencia.

—No pienso acostarme con vos —susurró Juliana clavando los ojos en su fría mirada—. Antes preferiría arrojarme a las llamas o vivir encadenada como un siervo.

La mirada helada de Raymond se convirtió en un fuego esmeralda. Le puso las manos en los hombros y la empujó.

—No volváis a decir nunca una cosa así. No la penséis ni la deseéis, jamás. Las cadenas de un siervo no son para vos, mi señora.

—No, pero quedarían bien alrededor del cuello del canalla que pretende mejorar su condición social con mi título.

Él la soltó como si su cuerpo le quemase.

—Si algún día tengo la suerte de conocer a Geoffroi Jean Louis Raymond, Conde de Avraché, le aconsejaré que os encadene al lecho conyugal hasta que aprendáis a hacer con la lengua algo mejor que hablar.